

Academia de Buenas



Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. D. JOSÉ GUTIÉRREZ

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON JUAN VARO ZAFRA

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 18 DE ENERO DE 2010

GRANADA

MMX

Esta publicación ha contado con una subvención de la
Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa
de la Junta de Andalucía



Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
c/ Almona del Campillo, 2 - 3º
18009 Granada
www.academiadebuenasletrasdegranada.org
Imprime: La Gráfica S. C. And. - Granada
Depósito Legal: Gr-3939/2009
I.S.B.N.: 978-84-692-7670-9

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ GUTIÉRREZ

Noches de solo riguroso
APROXIMACIÓN A LA POESÍA DE
JAVIER JURADO MOLINA

"... no se puede rendir homenaje a los maestros,
a los amigos y a los recuerdos
sin recurrir a las confesiones personales".

MAURICIO WIESENTHAL: *Libro de réquiems*

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y señores, amigos todos:

EN los Estatutos que rigen la Academia de Buenas Letras de Granada se recoge, en su primer artículo, el que acaso sea uno de sus más encomiables fines: contribuir a ilustrar la historia literaria de Granada, de la comunidad autónoma andaluza y de España. No otra es la razón que me animó a elegir el motivo de mi discurso, al entender que la obra del poeta granadino Javier Jurado Molina, ignorada hasta hoy mayoritariamente, pero portadora de una incuestionable calidad, merece ocupar su propio espacio en el canon de la poesía granadina, andaluza y española de finales del siglo XX.

Antes de adentrarme en el tema que les propongo, es obligada deuda de cortesía, y mandato que dicta el corazón, dejar constancia del agradecimiento a los compañeros de la Academia que en su día me designaron para colaborar con ellos en la generosa tarea que impulsa esta noble institución. Así mismo, deseo expresar mi gratitud a quienes han querido acompañarnos en este significativo acto académico, y muy especialmente a los familiares y amigos de Javier que nos honran con su asistencia. Para quienes hoy tendrán noticia de Javier Jurado por primera vez, espero que mis palabras, y sobre todo las que él escribió y que traeré a mi exposición, iluminen no sólo la libertad de su verbo, la sutileza de su ingenio, la brillantez y la profundidad de su poética, sino también su riqueza de espíritu, su escéptica inteligencia, su exquisita sensibilidad; en definitiva, su valioso legado litera-

rio y, más allá y por encima de todo, la insobornable coherencia que presidió su vida y su poesía.

Javier, antes que para la literatura (su segunda gran pasión), vivía para el amor. El amor fue siempre su brújula y su guía, su más íntima aspiración y su apuesta más temeraria. Sólo un vitalista melancólico tan consciente de lo que se jugaba, como lo era él, fue capaz de arriesgar tanto en la búsqueda de un ideal acaso inalcanzable. Reflexionar sobre la fascinante manifestación literaria de esa tentativa es el propósito de mi disertación.

Javier Jurado Molina nació en Granada el 23 de marzo de 1963 y falleció en esta misma ciudad el 3 de julio de 1995. Una corta trayectoria, pero fecunda en su ajustado testimonio, que dejó intensa memoria, no sólo en sus versos, sino también en el recuerdo de quienes tuvimos el privilegio de ser testigos de su lúcido pesimismo existencial, que no estaba reñido con el ademán pícaro y astuto de quien –y cito sus propias palabras– era “capaz igualmente de emborrachar de ternura y buen humor”. Cursó sus primeros estudios en el Colegio granadino de San Matías, y el bachillerato, que no completó, en el Instituto “Federico García Lorca” de Churriana de la Vega. Para entonces era ya un adicto a los libros, un lector acuciado por la literatura, ya fuese en el espacio de la ficción como en el ámbito de lo poético, además de ser un obstinado cinéfilo y un melómano curtido en el jazz, el rock, la música clásica y el flamenco. De todas esas vigorosas fuentes se nutría el adolescente autodidacta. Sorprende sobremanera constatar en su selecta biblioteca la afición lectora de Javier Jurado cuando apenas contaba 18 años (él tenía por obligada costumbre fechar los libros): el Arcipreste de Hita, Quevedo, Luis Cernuda, Fernando Pessoa, Gustave

Flaubert, Franz Kafka, André Breton, Michel Foucault, Dashiell Hammett..., por citar algunos autores.

Esa precocidad intelectual explica el apelativo con el que sus amigos de Murcia lo conocían: “el Goethe”, y así aparecen firmadas varias cartas suyas. Javier no sólo fue un lector precoz, un jovencísimo poeta adelantado a su edad, un ser hipersensible y por ello fácilmente vulnerable, retraído y al mismo tiempo apasionado, enemigo y amigo de la soledad según el momento, y muy inestable en sus relaciones sentimentales, cuyas rupturas vivía como auténticas tragedias; fue, también, uno de nuestros últimos románticos, y se definió a sí mismo como “un tipo que reconoce en el amor la única justificación de esa cosa poco clara que se llama *existencia*”. Tan radical apuesta por el amor como desesperada tabla de salvación se complementa con la sarcástica y desalentada imagen que de sí mismo manifiesta: “Cruza la vida un peatón escaso de pelo y estatura (de esperanza también)... Eres tú, inseparable mío, víctima y verdugo que habita en estas páginas, extraño loco, tímida sombra” (texto manuscrito firmado con el nombre del ilustre caballero del siglo XIII Pedro Illán, elegido por su semejanza fónica con “perillán” (Per-Illán), del que proviene la palabra –sinónimo de pillo, sagaz, granuja–, y que alguna vez utilizaría a modo de heterónimo). Esa dificultad para aceptarse (conviene recordar que quedó huérfano de madre a la temprana edad de 12 años, y que más tarde comentaría en alguna ocasión que, si ella hubiera vivido, probablemente él nunca habría escrito) condicionará sin duda su periplo vital y literario, y pondrá su peculiar sello de amargura y desencanto en la lírica de quien, a mi entender, fue uno de los poetas más sobresalientes de su promoción. Un poeta cuya autenticidad radicó en escribir

como vivió y en vivir como escribía. Sólo bajo ese prisma podemos alcanzar el sentido de su último y desolado gesto, desenlace anunciado de una trayectoria vital y una obra marcadas por una profunda y dolorosa coherencia. Javier Jurado canalizó su insatisfacción existencial en los estrictos cauces de la poesía, y cuando ésta no fue suficiente para contener el caudal que amenazaba con desbordarse, no encontró otra alternativa que la fuga irreparable hacia el sueño evanescente que alentó su andadura, poniendo fin a su vida.

Antes de abordar su obra es preciso trazar un boceto de la Granada lírica de principios de los ochenta, momento en el que la sombra de Javier Jurado comienza a asomarse –que no a hacerse visible– al mapa poético de su ciudad, cuando, como él mismo dejó escrito, “se iniciaba en la literatura con esa entrega desmedida e ingenua que caracteriza a todo adolescente (cuyas ‘alas de gigante’, como sucedía con *El albatros* de Baudelaire, ‘le impiden caminar’)”. La eclosión de la corriente poética conocida como “otra sentimentalidad” vino a coincidir en Granada con la aparición de otros poetas más jóvenes que comenzaban a mostrar sus inquietudes literarias por aquellas mismas fechas. Nacidos durante la primera mitad de los sesenta, se caracterizaban por practicar una poesía de raíz urbana que mantenía ciertas reconocibles afinidades con la “otra sentimentalidad”. De esa generación, mayoritariamente postergada, sólo Aurora Luque y Luis Muñoz tendrían repercusión editorial en libros y antologías. Entre aquellos nombres orillados cabría citar, entre otros, los de Jesús Bellón, Antonio González Vázquez, Juan Carlos Romero, Antonio Suárez o Ignacio López de Aberasturi. Javier Jurado Molina sería sin duda el referente de esa que podríamos llamar “generación perdida granadina”, pendiente-

te aún de estudio, y que, en condiciones normales, debería haber desempeñado el necesario papel de puente entre los poetas de la "otra sentimentalidad" y sus coetáneos –antologados en 1990 por Miguel Gallego Roca– y las más recientes hornadas promovidas con el nuevo siglo.

La labor de rastreo e inventario que hemos seguido –y que no por ello está cerrada– de los escritos de Javier Jurado Molina ha dado como fruto, hasta ahora, la recopilación de 44 poemas inéditos, a los que hay que sumar 21 localizados en catálogos y publicaciones periódicas, más los 16 que componen sus dos cuadernos editados: el primero, *Dos o tres cosas que sé de ella*, publicado en vida del autor en 1993; y el segundo, *Las malas intenciones*, aparecido póstumo en 1998. Todo ello supone un total de 81 poemas que, a falta de otros que pudiéramos encontrar, integrarían su "corpus" lírico. Además, hemos descubierto, en el archivo que con tanto esmero guarda la hermana del poeta, prosas y aforismos que enriquecen notablemente su legado literario y que se incluirán en la futura edición de su obra.

Considero aquí oportuno trasladarles la imagen de una foto, tomada el 27 de marzo de 1993 en el patio de la Casa Museo de Federico García Lorca de Fuentevaqueros, en la que aparecen una serie de poetas granadinos de diferentes generaciones. En primer plano, agachado, se puede ver a Javier Jurado y, a su derecha, a su amigo, el también malogrado poeta Javier Egea. Todos los recogidos por la instantánea atienden fijamente al objetivo del pintor Alejandro Gorafe, salvo Jurado, que mira de soslayo a su izquierda, hacia un espacio inconcreto, como queriendo ausentarse de aquella "representación". Ese ademán de huida lo acompañó siempre. Recuerdo muy bien cómo en nuestras demoradas

conversaciones, cuando él quería subrayar algo, elevaba a media altura la mano derecha y giraba levemente la cabeza, como en un gesto de controlada timidez y al mismo tiempo de fuga hacia un territorio enigmático que sólo él conocía, o tal vez desconocía.

Javier nunca presumió de poeta, aunque supo que lo era por encima de todo: "Ejercer de poeta me produce cierta risa, y uno ya no tiene diecisiete años para creerse tamañas ridiculeces. Alguien muy serio y solvente –poéticamente hablando– me preguntó, tras un largo monólogo sobre la escritura y su belleza llena de misterio, cómo pensaba titular mi primer libro. Mi respuesta, corrosiva e improvisada, obviamente, fue *Poesía es tururú*, lema que pareció disgustarlo. A partir de entonces no me saluda". Pero en el caso de Javier, como en el de Bécquer, la poesía sí era inevitablemente *ella*, o esas "dos o tres cosas" que de ella sabía. Una cuartilla manuscrita con grandes mayúsculas, y que él dispuso a modo de cartela, rezaba: "ESCRIBO, LUEGO EXISTO (Pero no para ti)", inteligente relectura, entre mordaz y cáustica, del clásico axioma por todos conocido. Esa certeza de escribirle a alguien para quien no existimos configura muchos de los poemas de Javier Jurado, hasta el punto de cuestionar la posibilidad de cualquier *espejismo* salvador: "No obstante, mucho me temo que esa mujer de la que estoy desafortadamente enamorado no exista". Sospecha que tiene su correlato en otra afirmación, no por aparentemente humorística menos dramática: "No necesito una *nobia* [sic], sino una Zenobia". Como muy bien ha señalado su amigo poeta Javier Orrico, Jurado "profesó el amor como un sacerdocio secreto, desde la timidez imposible que cultivó siempre para alimentar su excepcional poesía. Tuvo todos los dones del poeta, y todas sus desdichas".

La ciudad nocturna es el ámbito en el que los poemas –y por consiguiente el amor, la vida– de Javier Jurado se desarrollan. Él mismo así lo reconoce cuando afirma: "... nuestro corazón –el mío, al menos– es irremediablemente urbano. Y bajo su amparo [el de la ciudad] amamos, nosotros, que somos hijos de Baudelaire". La alargada sombra del autor de *Las flores del mal* (a cuya musa, Jeanne Duval, dedicó Javier un espléndido artículo literario) se proyecta sobre toda la obra de Jurado ya desde sus primeros poemas, en los que late esa conciencia del "flâneur": *Desoladas las calles / de una ciudad que nunca / será de nuevo mía. / Y este lecho una tumba / donde hundirse sereno / desde la certidumbre / de existir con el único / objeto de ser náufrago.*

Afirmaba Pedro Molino, editor de su primera *plaque*, que "tras la aparente facilidad de Javier Jurado Molina para escribir poesía, late un ritmo acompasado –corazón de jazz literario–" de quien "escribe como respira". No le falta razón. Javier mostró siempre una innata habilidad para la poesía y un excelente oído. Sus poemas presentan una perfecta arquitectura, sustentada fundamentalmente en el heptasílabo, que alterna con el pentasílabo, el endecasílabo y el alejandrino. A la rima sólo acude ocasionalmente, cuando recupera formas estróficas clásicas: preferentemente el soneto, y alguna vez la lira, la décima y la copla manriqueña. Por otra parte, llama la atención el carácter narrativo que adoptan habitualmente sus poemas, lo que Jurado, parafraseando el título de un conocido libro de relatos de Villiers de l'Isle Adam, llama "pequeño cuento cruel", técnica que emplearía de manera más radical en el ya citado cuaderno póstumo *Las malas intenciones*.

Sus primeros poemas publicados datan de 1981: cuatro composiciones que vieron la luz en el diario granadino

Patria, presididas por la foto del poeta adolescente y una Poética estremecedora por su vaticinio premonitorio: "... puedo dar como rasgo esencial de mi poesía un profundo pesimismo ante la vida, sólo superado –en parte– por el amor. Mis poemas, en fin, son materia de olvido (o muerte) como fin irremisible". En efecto, en esas composiciones ya está presente una de las constantes temáticas de Javier Jurado: "la muerte (que) es maldición, no herencia". Esa "maldición" se extiende como aciago ángel exterminador por su poesía, escrita entre 1980 y 1995, es decir, desde los 17 años hasta el momento mismo de su premeditada y definitiva huida. Desde sus poemas iniciales Jurado ya destaca por la perfección formal, por el equilibrio y la destreza en el uso del material léxico con el que alcanza la inconfundible melodía de sus versos. En cuanto al ámbito semántico, éste se resume en una serie de vivencias y obsesiones, desde los recuerdos infantiles con sus cicatrices y su temprana melancolía que contrasta con el gozoso "carpe diem" y el efímero "tempus fugit" de otras composiciones de marcado signo festivo y de intenso sensualismo, hasta los ingredientes fetichistas de un peculiar erotismo morboso, por ejemplo las prendas íntimas y los pies femeninos (... *ya tensa / la media que dormía en tu tobillo / con postura de gato*); sin olvidarnos del componente satírico de poemas y sonetos en los que se advierte el poderoso magisterio de Quevedo, sabiamente asumido, lo mismo que ocurre con Jorge Manrique en el poema "Coplas a la muerte de un milagro", escrito por Jurado en 1982. La tradición poética española no ofrece ningún secreto para Javier, que siendo aún adolescente ya se adentró en su conocimiento, sobre todo a partir de la lectura del Arcipreste de Hita, cuyo *Libro de buen amor* tenía por su particular

biblia. Ese recurso a la tradición es un dato que subraya el carácter novedoso de esta poesía en su contexto temporal y en el de su generación. También se dan cita en ella los homenajes literarios a los autores más queridos, tanto los explícitamente consignados (F. Kafka, G. Bataille, L. Cernuda, E. Martín Vivaldi...), como los aludidos a través de sutiles intertextualidades (Kierkegaard, L. Carroll, J. Conrad, J. C. Onetti, etc.).

Pero si hay dos asuntos que dominan la inmensa mayoría de sus poemas, esos son el amor y la muerte. Eros y Tánatos aparecen una y otra vez imbricados en los versos de quien reconoce inevitable la imprecisa realidad de su deseo: *Intruso o espejismo, / nunca es del todo cierto quien amamos*. El amor semeja un salto sin red en el vacío y la muerte su trágica consecuencia, muerte que adopta distintas máscaras: el alcohol, el sexo, el propio impulso de extinción, aquello que está escrito en la sangre y *anochece de súbito / bajo la piel*. *Hay veces, días hay en que vivo / confinado en la celda de mi propio cadáver*. En estos dramáticos versos se constata lo que el profesor José Ortega Torres ya señaló en 1985, al afirmar que la poesía de Javier Jurado "atenta contra la literatura, contra la sociedad, contra el amor consabido..., y en última instancia el objeto final de ese atentado es el propio poeta". Este juicio sobre sus versos constituía para el joven artífice, según su propia declaración, "el mayor elogio" que cabría tributarle. La rebeldía transgresora que estos poemas destilan se acabará volviendo fatalmente contra su autor en un proceso auto-destructivo del que la práctica poética, antes que terapia, se constituye en estimulante veneno que arrastra sus mejores impulsos hacia el ocaso sin retorno: "Ojalá pudiera escribir algo parecido al libro del Apocalipsis", nos dirá finalmente con palabras prestadas de Zelda Fitzgerald.

Ni la poesía, ni la música, ni el cine, ni mucho menos el alcohol, acaso ni siquiera el amor podían restañar el abismo de su herida y que Javier Jurado explicita en sus notas, glossando una conocida frase de Jean-Paul Sartre: "El infierno soy yo; los otros sólo avivan el fuego". Por eso, tras advertir que "lo peor de algunos amores aparentemente concluidos son sus falsas postguerras", optará por una virtualidad existencial próxima a la vida retirada que proclamaron los clásicos: *Vivir libre de afectos: / ni amar ni mucho menos ser amado. / Serán, sin sed, perfectos / los labios y el pasado. / Y el sol dará su vino al derrotado.* Esta visión desengañada y catastrofista queda en ocasiones conjurada por un fugaz atisbo de jubilosa esperanza, como el que emerge en el poema, de resonancias nerudianas, "Confieso que he vivido", donde, negando su desalentada poética temporal ("No creo en el olvido" nos dirá aquí), unos versos de acendrado estoicismo sirven de epitafio –recordemos que para T. S. Eliot cada poema presupone un epitafio– que funde un eco de Shakespeare con el título de una memorable película de Fritz Lang y la velada alusión a la postrera sentencia de un crepuscular y sabio John Huston: *Sólo una vez se vive y yo he vivido. / El resto es pura anécdota / y no importa.* Pero dejemos por ahora a un lado su valiosa obra inédita y adentrémonos en las dos entregas publicadas, que hoy constituyen sendas rarezas bibliográficas.

A finales de 1993 Javier dio a la imprenta la que sería su única *plaque* editada en vida. Su título, *Dos o tres cosas que sé de ella*, nos remite directamente al de una película de Jean-Luc Godard –1967– y vuelve a mostrarnos la inteligente apropiación de la cita. Se trata de once poemas que sorprenden por su perfección

formal, por la madurez de su dicción (no olvidemos que Javier, aunque inédito en libro, era ya poeta de extensa andadura creadora), por la apasionada intensidad que subyace en sus versos, por la radical apuesta existencial que en ellos establece: *Quiero decir el absoluto gozo, / la desdicha sin límite*. Son, en su sentido más estricto, poemas de absoluto amor, de desdichado desamor, escritos en las madrugadas que siguen a "las noches que uno viste de solo riguroso" (apunte de Javier al borde de la nota de prensa que recogía la noticia del suicidio de la actriz francesa Germaine Lefebvre, conocida por "Capucine"). Del aire de bolearo ("Ansiedad"), con el que arranca el poemario, se llega a la constatación final de un imposible "propósito de enmienda" de quien todo lo apostó a *ese eficaz intruso del amor / que llamamos desastre*. Estas composiciones fueron fechadas en 1988, cuando el autor contaba 25 años y atrás habían quedado numerosos borradores y hasta algunos libros (*Los caprichos de Melibeo, Falsas alarmas*), de los que da noticia en su correspondencia y que fueron arrojados por el poeta al fuego purificador, a pesar de la calidad que sin duda atesoraban. Pero Javier era muy exigente consigo mismo y no tuvo reparo en destruir lo que con el tiempo no satisfacía su implacable juicio crítico, pese a que en no pocos momentos se sintiera ignorado por aquellos que nunca le ofrecieron la posibilidad de editar sus versos: "Por estos pagos... contamos para nuestro regocijo y consuelo con un flamante club de jazz. No nos publican, pero al menos nos dan música. En efecto, cada viernes tenemos concierto en el

Centro Artrítico" [sic] (5-IV-1987: en carta a la poeta gaditana Mercedes Escolano). Por eso no es dato anecdótico el hecho de que *Dos o tres cosas que sé de ella* se publicara en Málaga por el sello Clave Aynadamar, edición que pasó totalmente desapercibida, quizás en parte por las dificultades de la distribución, pero también por la habitual endogamia de los clanes poéticos granadinos. Javier siempre rehusó entrar a formar parte de ese círculo maniqueo, y no quiso compartir lo que definió como "las mesas de camilla literarias de esta ciudad donde se cultiva esa flor venenosa que se llama envidia". Refiriéndose a los congresos y festivales de poesía, tan prolíficos en nuestros lares, afirma: "...estas concentraciones de poetas me producen ictericia; soy, además, de los que suelen soltar la carcajada en las intervenciones brillantísimas de nuestros laureados vates". Con tal actitud, pocas posibilidades podía tener Javier Jurado de darse a conocer y abrirse paso como poeta en las tupidas frondas mediáticas que invadían el paisaje lírico granadino. Jurado, antes que un francotirador, fue un contumaz solitario, alguien que siempre se consideró miembro del "club de la supervivencia". Resulta revelador, en este sentido, lo que con desengañada ironía había escrito sobre una foto del director de cine que, junto con Fellini, acaso más admiraba, Woody Allen: "Levántate, amigo. Tienes todo un futuro (vacío) por delante".

Dos o tres cosas que sé de ella constituye, pese a su sombrío tono narrativo, un moderno poemario de amor y desamor, donde las calles, los bares y la noche se dan cita en un territorio urbano marcado por la desolación, subrayada por el

abrupto encabalgamiento que con brillante intensidad –Conrad al fondo– nos muestra el incierto itinerario del poeta *solitario / por este río de la noche, rumbo / al corazón de las tinieblas*. La inestable historia amorosa que recorre estos poemas se torna dolor y desgarró. Así ocurre en el titulado “Ficciones”, uno de los más conmovedores de los incluidos en esta primera *plaquete* de Javier Jurado, del que leo unas estrofas: *A veces / la muerte se demora / no por olvido: falla / cuando el dolor la cita. /... // Perdida la esperanza, / se mira los zapatos / salpicados de vómito / y acaso pide un taxi / que lo lleve al infierno. // Pero entretanto le habla / al chófer de sus ojos: / el sol que se ponía / si entornaba los párpados; / de cómo la nostalgia / le ha mordido las uñas / o del tiempo improbable / de ser feliz./... / Y aquella sombra, aquella / sombra hermosa que vuelve / del delirio, un odioso / espejismo al que pone / su rostro sin nombrarla / cuando grita demente: / “¡Pronto, chófer, deprisa: / siga esos ojos verdes!”.*

Inesperado y espléndido final, en el que vibra un emotivo eco de G. A. Bécquer. Interesante resulta, por otro lado, la sabia utilización de la llamada “frase hecha” con la relectura de la *manoseada* expresión “morderse las uñas”, aquí desgastadas por la nostalgia. O ese taxi que –Lowry al volante– va camino del infierno: el infierno tan temido y al mismo tiempo tan anhelado que el poeta persiguió obstinadamente. Javier Jurado desmonta, como en un rompecabezas, los más gastados tópicos de cierta poesía *trasnochada* (los bares, los semáforos, los taxis, las madrugadas, las calles de la ciudad...), despojándolos de su inmediato barniz cotidiano y transmutándolos en símbolos para insertarlos en una poética radicalmente moderna que hace ficción de la vivencia, y del

poema “narración” lírica que nunca se agota en su propio discurso. La poesía de Javier Jurado, tan inconfundible, proclama esa “nueva sentimentalidad” que vislumbró Antonio Machado a través de Juan de Mairena y que ya intuía Larra cuando reclamaba “una literatura hija de la experiencia y de la historia” (en su artículo *Literatura*, de 1836). Jurado, al arañar en sus vivencias, está llevando la poesía urbana –la que es hija de Baudelaire– a su grado de autenticidad más extremo, a su realidad más desnuda y arriesgada. Por citar sus propias y esclarecedoras palabras, en las que glosa el título de un conocido poema de Neruda, “la poesía no sería ya el vehículo perfecto para escribir los versos más escépticos esta u otra cualquier noche, sino también el último recurso para desvelar su porqué, para convertir el género (tan manido de puro trascendente) en un método de conocimiento”.

Y llegamos a su segunda publicación, póstuma, como ya hemos adelantado. Los cinco poemas que conforman la *plaque* titulada *Las malas intenciones* (1998) –de nuevo otra frase hecha–, que Javier dejó a su muerte preparados para su edición por Juan de Loxa en los cuidados “Cuadernos del Tamarit”, parecieran haber sido escritos con nocturnidad y alevosía (a juicio de Antonio González Vázquez la “alevosía” es lo que configura “el tono propio, o al menos preferido, de Javier Jurado”). Desde la cita inicial de Baudelaire, son versos cargados de “ideas negras”. Toda una tradición confluye aquí, desde las pinturas negras de Goya (no olvidemos que los *Caprichos* estaban en la base de un poemario de Javier, hoy por desgracia perdido), hasta el cine negro americano –pero también el cine expresionista alemán, el Chaplin de *Monsieur Verdoux*, y la faceta más ácida de Buñuel–, la novela policiaca y la emparentada con los años

dorados del jazz –su aprecio por músicos heterodoxos o suicidas, como Charlie Parker y Chet Baker–, dando lugar a una escritura que podríamos llamar “forense”: sus versos son certeros y cortantes como un bisturí. En la primera composición del citado cuaderno aparece el otrora “hermoso y rubio” travesti trocado en mustio “ángel azul” que se dispone a ajustar cuentas consigo mismo y con el tiempo, para así refutar la sentencia del verso de Garcilaso advirtiendo del “tempus fugit” (“todo lo mudará la edad ligera”) que lacónicamente precede el poema. En la segunda pieza, intensificando lo sórdido, es Jack *el destripador* quien evoca su niñez con su memorial de perversiones. Otros poemas aluden a marcados mitos del cine: Marilyn Monroe, la *Lolita* de Kubrick, James Dean, Louise Brooks, Marlene Dietrich..., citados como iconos de la sexualidad perturbada de personajes frenópatas que se ocultan tras su normal apariencia: devastadas estrellas de cabaret, coleccionistas de horrores, asesinos o pirómanos como el veterano soldado yanqui que conoció mejores días en Vietnam y que ahora sueña con un gran incendio que lo calcine todo –hemos asistido en los últimos tiempos a sucesos que confirman aquel terrible augurio–, composición que cierra el desalentador “réquiem” –más en la línea agitada de Berlioz que en la de Fauré– con la que concluye *Las malas intenciones*. A medio camino entre “el esperpento y el tremendismo, aunque tamizados por la cultura *underground*, el jazz y la novela negra” (A. González Vázquez), Javier Jurado traza aquí su poesía más áspera y desolada, un demoledor cóctel aderezado de homenajes cinematográficos, musicales y literarios (Orson Welles, J. Von Sternberg, Mozart –pero también León, Valerio y Quiroga– R. L. Stevenson, Thomas Bernhard, etc.).

Entenderemos mejor el sentido del título *Las malas intenciones* y de los poemas que lo integran si acudimos a las ajustadas palabras de ese polígrafo y humanista que fue Alfonso Reyes: "Que en la poesía haya una comunicación de misterio es indiscutible. Que los grandes poetas sacrifiquen a este misterio la perfección artística no es verdad. No lo es en el caso de Baudelaire. Los grandes poetas lo son porque logran captar el misterio en el arte. Si lo dejan escapar, o si no llegan al equilibrio de la forma, se quedarán en *las buenas intenciones*, con que está empedrado el infierno". A la vista de estos poemas, y del conjunto de su obra, ¿cabría hablar de Javier Jurado como poeta transgresor, heterodoxo o, más propiamente, *maldito*? Naturalmente que sí. Pero entiéndase bien: poeta existencialmente maldito, y nunca bajo el prisma del dandy o del esnob. Malditismo íntimo, ideológico, desclasado –quiso romper, y lo consiguió, con las "buenas intenciones" de la poética oficial con la que tuvo que convivir–, malditismo que establece Walter Benjamin al referirse a Baudelaire y que nos recuerda Aurora Egido: "Benjamin sustentó el principio de la modernidad en el *malditismo* de Baudelaire, que extraía la belleza del mal, aunque entendiendo, desde presupuestos marxistas, tal modernidad como mercancía". Javier Jurado no hizo otra cosa en sus poemas que llevar el Romanticismo a su Finisterre más lejano y agónico. Rechazó la estrategia burguesa de los poetas –y, dicho sea de paso, también de los teóricos– que lo condenaron al ostracismo y enarboló, como una bandera de nadie, su disidencia, que hoy se reivindica sola. Escritor maldito por el propio olvido al que fue sometido en vida y también tras su muerte, exceptuando al profesor Andrés Soria Olmedo que lo incorpora a su estudio sobre un siglo de poesía granadina (1898-

1998) reproduciendo una de sus composiciones, y al crítico Antonio González Vázquez con su esclarecedor artículo incluido en las páginas monográficas que la revista *El fingidor* [nº 8, abril – junio 2000] le dedicó. Poeta maldito porque supo transformar el dolor en ironía y en sarcasmo, la soledad en sólida pasión creadora, el fracaso en venero de conocimiento. La poesía no fue nunca para él un talismán con el que exorcizar sus propios fantasmas, ni un remedio contra la fatalidad. Por el contrario ahondó con ella la sima de su angustia, la dimensión de su inconformismo. Escritor genuinamente maldito, como Cesare Pavese, como Jacques Rigaut, como Gabriel Ferrater, signo que lo singulariza entre los poetas de su entorno al llevar la propia “experiencia” hasta sus últimas consecuencias y plasmarla en una poesía verdaderamente antiburguesa. Su obligado referente, ya lo hemos dicho, es Baudelaire, pero también podría serlo en cierto sentido, aunque apenas guarden parentesco sus respectivas obras, Pablo del Águila (1946-1968), otro poeta marcado por una precoz y deslumbrante lucidez. Javier contribuyó de manera activa a la publicación de la *Poesía reunida* de Pablo del Águila, que vio la luz en la colección granadina “Silene” en 1990.

Ahora, justo 20 años después, nos encontramos ante el reto de la edición del legado que hemos conseguido reunir de Javier Jurado Molina, de cuyo trabajo introductorio este discurso es apenas una primera aproximación, el preámbulo de un estudio en marcha de mayor calado que fije su obra y muestre la calidad de este poeta imprescindible: alguien a quien consolaba detenerse a escuchar un solo de saxo, por ejemplo algún *blues* de su admirado John Coltrane, las noches que vestía “de solo riguroso”, cuando hubiera desea-

do vestir de vida caudalosa, esa vida que, paradójicamente, continúa latiendo en sus mejores poemas.

“Lo propio de los grandes hombres –nos recuerda Alfonso Reyes, y Javier Jurado lo fue– es que nunca parece que los estamos viendo, es que nunca vive uno a su lado. Habitan una soledad andina y pasan envueltos en su nube”. Estamos convencidos de que Javier Jurado Molina dejará muy pronto la nube de su olvido para habitar un solidario y merecido reconocimiento. Acaso esta noche no sea extraño notar su “tímida sombra” y sentir su amistosa e imposible cercanía.

Muchas gracias.

JOSÉ GUTIÉRREZ
Nigüelas (Granada) 1955.

Con tan sólo 21 años publicó su primer poemario, **Ofrenda en la memoria** (1976, Granada, "Silene", colección que ha codirigido), al que siguieron **Espejo y laberinto** (1978, Málaga, ed. Angel Caffarena), **El cerco de la luz** (1978, Granada, col. "Ánade", de la que fue co-director en su primera etapa), **La armadura de sal** (1980, Madrid, col. "Scardanelli", ed. Hiperión), y **De la renuncia** (1989, Madrid, ed. Trieste, con prólogo de Antonio Muñoz Molina), libro del que está en prensa una edición bilingüe en Francia. Sus poemas han sido asimismo traducidos al griego y al italiano, y están incluidos en distintas antologías de poesía española: **Las voces y los ecos** (1980, Madrid, ed. Júcar), **Florilegium. Poesía última española** (1982, Madrid, ed. Espasa-Calpe, Selecciones Austral), **Postnovísimos** (1986, Madrid, col. "Visor"), **Poesía española reciente 1980-2000**, (2001, Madrid, ed. Cátedra), entre otras.

La "renuncia" de aquel poemario se hace efectiva en un largo silencio de dieciocho años, sólo roto con la publicación de una antología de su obra: **Poemas 1976-1996** (1997, Madrid, col. "Signos", ed. Huerga y Fierro), que incluye la mención a un libro futuro: *El ausente*, más tarde editado con el título de **La tempestad serena** (2006, Madrid, col. "Signos", ed. Huerga y Fierro). Su incursión en la narrativa se reduce a dos relatos publicados: *Incertidumbre* y *El invitado de la noche*.

En el campo ensayístico es autor de una **Introducción a la pintura de José Hernández Quero** (1986, ed. Ayuntamiento de Granada) y **Manual de nostalgias: invitación a la poesía de Elena Martín Vivaldi** (1982, Granada,

col. "Silene Ensayo"), poeta de cuya obra ha preparado la edición de una Antología: **En plenitud de asombro** (2002, Granada, col. "Silene Minor"). En 2007 coordinó la exposición "Reflejos de un asombro", celebrada en la Biblioteca Universitaria del Hospital Real de Granada con motivo del centenario del nacimiento de Elena Martín Vivaldi. En la actualidad prepara la edición de un libro de artículos literarios y periodísticos: **La biblioteca del bosque**.

Su activa presencia en los medios de comunicación se remonta a los años ochenta, tanto en la prensa local como en la nacional: *Ideal*, *Diario de Granada*, *Informaciones*, *Pueblo*, *El País*, etc., así como en numerosas revistas literarias: *Nueva Estafeta*, *Cuadernos del Norte*, *Litoral*, *Insula*, etc., al tiempo que dirigía y presentaba distintos programas radiofónicos de carácter cultural y universitario en la emisora de RCE (actual Radio Nacional de España) en Granada: "La biblioteca del bosque" (1981-82), "Al sur de la noche" (1983), y "Cosmópolis" (1984). Es miembro de la Asociación de la Prensa de Granada, y de la FAPE (Federación de Asociaciones de Periodistas de España).

Desde su creación en 1999, hasta su clausura en 2007, fue director de la revista cultural **El Fingidor** (34 números publicados), editada por la Universidad de Granada, institución donde se dedica desde 1976 a tareas editoriales (durante ocho años fue "corrector de pruebas y estilo" en el Secretariado de Publicaciones de la UGR), culturales (dirigió el suplemento literario *Campus Cultural*) o periodísticas (asesor del Rectorado en el periodo 1994-2000, funciones que alternaba con la subdirección del Gabinete de Prensa, que ya había dirigido en 1984 cuando fue elegido por los responsables universitarios para su puesta en marcha). Actualmente es director del Gabinete de Comunicación de la UGR.

CONTESTACIÓN
DEL

ILMO. SR. D. JUAN VARO ZAFRA

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y señores:

TUVE la fortuna de conocer a José Gutiérrez hace casi una década, cuando era director de *El Fingidor*, aquella publicación humanista de la Universidad de Granada desaparecida hace ahora dos años, en la que me acogió con afecto y generosidad. Desde entonces nuestra amistad ha ido creciendo a través de sosegadas conversaciones literarias, encuentros con libros e ideas: tiempo compartido, enriquecedor y siempre grato.

Al oír su discurso sobre la figura y poesía de Javier Jurado Molina no he podido dejar de evocar los versos inolvidables de la *Égloga III* en los que Garcilaso de la Vega revivía a su modo el mito de Orfeo: "libre mi alma de su estrecha roca, / por el Estigio lago conducida, / celebrando te irá, y aquel sonido / hará parar las aguas del olvido". No cabe mejor definición de la poesía, especialmente de la de José Gutiérrez: palabras contra el olvido, una memoria que se cumple al ser una y otra vez recordada. Y este es el noble propósito que alienta también su discurso: la recuperación del olvidado poeta granadino Javier Jurado, fallecido trágicamente en 1995. En breves, precisas y vigorosas páginas, José Gutiérrez nos ha dado noticia del escritor y su atormentada personalidad, sus lecturas, influencias y concepto de la poesía; ha esbozado el medio que le tocó vivir, la difícil Granada literaria de comienzos de los ochenta; y, finalmente, ha descrito el material que Javier Jurado dejó al morir o, al menos, el que después de una búsqueda minuciosa y aún abierta ha podido reunir. Pero con este discurso, José Gutiérrez ha dado tam-

bién noticia puntual de sí mismo. Es fácil percibir en estas palabras al hombre de gusto cultivado, al lector ávido y al mismo tiempo exquisito, al investigador riguroso y apasionado, al amigo leal y bueno, y, desde luego, al poeta que desciende a ese Estigio cruel para detener las aguas del olvido. El discurso anuncia además la próxima edición de la obra de Javier Jurado Molina. Es tarea en la que José Gutiérrez lleva tiempo trabajando y que sin duda está llamada a cubrir un espacio importante en el conocimiento de la poesía granadina más reciente.

Porque pocas personas hay en esta ciudad que atesoren una vivencia de la literatura más dilatada y completa. En efecto, José Gutiérrez ha sido, a lo largo de más de treinta años, corrector de pruebas, ensayista y crítico literario en prensa y radio, editor y antólogo de poesía y director de la ya mencionada revista *El Fingidor*. Es, además, un bibliófilo empedernido y un amante del cine, la música y la pintura. Pero José Gutiérrez es, ante todo, un poeta verdadero. Desde *Ofrenda en la memoria*, su primer libro de poesía publicado en 1976, hasta *La tempestad serena*, su magnífico poemario aparecido en 2006, José Gutiérrez ha ido alternando la publicación de sus libros con prolongadas etapas de silencio, configurando así una poesía de suaves decantaciones que, con rara perfección formal, va poco a poco construyendo un mundo poético de belleza verdadera, de verdad bella – “la belleza es razón de tu vivir”, dirá en uno de sus poemas– en la estela de sus admirados John Keats y Juan Ramón Jiménez. Junto a los libros anteriormente citados, la obra poética de José Gutiérrez se completa con *Espejo y laberinto* y *El cerco de la luz*, ambos de 1978, *La armadura de sal*

(1980), *De la renuncia* (1989), y la antología *Poemas 1976-1996* (1997). Ha sido además incluido en importantes antologías de alcance nacional, y traducido a varios idiomas.

Apoyado en una buena asimilación de la tradición clásica y en la relectura escéptica pero hondamente sentida del Romanticismo y el Modernismo, José Gutiérrez ha desbrozado un camino poético propio en el que el erotismo, la contemplación dolorosa de la belleza, el concepto de la sabiduría como sufrimiento y el anhelo dubitativo de lo inefable se despliegan en unos versos que conforman una permanente indagación en el sentido ontológico de la pérdida y el paso del tiempo como dimensiones irrenunciables de lo humano: "Nacido para la luz, me sumerjo / en sombra interminable", dice en el poema "Para tan larga muerte vida efímera". Y con ello, la pregunta por la significación de la literatura, en tensa pero necesaria dialéctica con la vida.

En el prólogo de *La armadura de sal*, el joven y asombroso poeta que era entonces José Gutiérrez ofrecía, a mi juicio, la clave de su escritura: "Estos poemas no dicen nada extraordinario en la medida en que la vida no invita a nada extraordinario". Acaso la piedra de toque de la poesía de José Gutiérrez sea la insatisfacción de una vida incapaz de perpetuar los momentos felices, junto con la persuasión fatal del desperdicio de la existencia y, pese a ello, la urgencia casi mística de salvar los instantes de belleza cumplida; como en el poema de Garcilaso, la necesidad de parar las aguas del olvido. Todo esto guiado por la duda de si tal esfuerzo será suficiente, la sospecha de que tal vez la escritura no sea la salvación de la vida sino su condena. De este modo en "El derrotado", poema perteneciente a *De la renuncia*, leemos: "Cerrar así la noche, con unos pocos versos / que el tedio y la

tristeza te han dictado, / no debería ser oficio de quien busca / el placer noble de sentir la vida / por encima de todo afán pequeño / y simulado; así este vicio estéril / de la literatura”.

Recordemos que el poeta ha dicho que estos poemas, como la existencia, ni dicen ni invitan a lo extraordinario. O tal vez sí, porque, pese a este sentimiento de derrota, los poemas siguen afirmando la vida, acisolando ellos mismos lo extraordinario: la derrota es un don, viene a decir en una sección de *De la renuncia*. La voz poética que anida en los versos de José Gutiérrez no predica la inmortalidad de la poesía como ocurriera con los poetas clásicos, sino la sutil pervivencia de los afectos, la comunión en el olvido, la celebración elegíaca de la belleza compartida; algo, o quizá mucho, hay en esta poesía del Sísifo de Albert Camus, que al tomar conciencia de su desdicha se sabe también superior a su destino. Por decirlo con las palabras de José Gutiérrez: “Pero no te lamente / si la mirada ciega te conduce al abismo. / En sus ojos ausentes perseveras / a solas con la noche y tu silencio escrito”.

Decía un florentino de mala fama que no hay buena suerte sino *virtù*, esto es, habilidad para aprovechar las ocasiones que la vida ofrece. Yo no quiero dejar pasar ésta para decir a José Gutiérrez cuánto me honra su amistad, cuánto me nutre su poesía y cuánto me enorgullece responder a su espléndido discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada. Bienvenido a tu casa, José, que te recibe con los brazos abiertos, bienvenido y enhorabuena.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada
el 18 de enero de 2010,
día de su lectura pública y
CXLIII aniversario del nacimiento
de Rubén Darío,
autor de *Cantos de vida y esperanza*,
en los Talleres de La Gráfica S. C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMX